

Serie
POPULAR

125
EDICIONES
2
MAGNET



ULTIMATUM a la TIERRA

Michael RENNIE - Patricia NEAL - Hugh MARLOWE

PLATE
I

ULTIMATUM of the

British and French Armies - 1804

Ultimatum a la Tierra

Intrigante asunto de extraordinario éxito, según argumento
de HARRY BATES y guión de EDMUND H. NORTH

PRODUCTOR

JULIAN BLAUSTEIN

DIRECTOR

ROBERT WISE

Intérpretes: Michael Rennie, Patricia Neal, Hugh Marlowe, Sam Jaffe, Billy Gray,
Frances Bavier, Lock Martin, Drew Pearson

Es un film TWENTIETH CENTURY FOX

Distribuido por HISPANO FOXFILM S.A.E.

BALMES, 114 - BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

ULTIMATUM A LA TIERRA

(Argumento de la película)

Las estaciones de radar fueron las primeras en tener indicios de su presencia y avisaron al punto al Estado Mayor. Los miembros de éste observaron su avance en un planisferio cuadrículado. Era imposible negarlo: ¡aquello era extraordinario! Inmediatamente se pusieron en contacto con su gobierno.

—Localizamos un aparato a setenta mil metros de altura, velocidad seis mil quinientos kilómetros por hora.

Las emisoras de radio se apresuraron a transmitir la noticia, algo innecesariamente, porque todos los pueblos advertían su paso: India, minutos después Francia, segundos más tarde Inglaterra... Y, por fin, se supo que la "cosa" volaba sobre el Atlántico, en dirección de la costa oriental de los Estados Unidos.

Se ignoraba tanto la procedencia como la naturaleza del extraño objeto, que surcaba el espacio a una velocidad supersonica.

En Washington, según los locutores, la normalidad era completa. Pero en cuanto apareció sobre ella el vehículo interplanetario, la gente corrió asusta-

da, especialmente la que ocupaba un parque, en donde el aparato fué a aterrizar.

En seguida, un enjambre de coches de la policía, camiones del ejército, tanques y acorristas se personó en el jardín público, acordonándolo, hasta formar un verdadero muro de acero. Los soldados y los policías apostaron sus armas, mientras que los curiosos, vencido su primer movimiento de desbandada, se aproximaban cautelosamente al formidable cinturón humano.

El Ejército estaba alerta para cualquier contingencia.

Todas las miradas y los ojos se dirigían a la nave aérea. Así transcurrieron dos horas. La tensión comenzaba a ser insostenible. Por último:

El compacto "platillo" pareció esleírse. Una rampa surgió de su pulida superficie, y luego se abrió una compuerta. Los espectadores y fuerzas armadas tragaron saliva con dificultad, con los ojos desorbitados.

Un ser enorme, un autómatas, atravesó la compuerta, seguido de un individuo alto, cubierto por un casco de cristal. Este se adelantó hasta el borde de la rampa y levantó un brazo.

—¡Venidme a visitar en son de paz.



Un ser extraño, un autómat, atravesó la chisgueta...

y con buena voluntad! — anunció con voz resonante, en perfecto inglés.

Dicho esto, saltó al suelo y avanzó hacia las filas de soldados, sin arredrarse ante los cañones que le apuntaban. De pronto, con un gesto rápido, extrajo con la mano izquierda un extraño objeto de su bolsillo, que alargó hacia el jefe de las fuerzas.

Un tanquista apretó el gatillo de su pistola y el desconocido se desplomó, herido en el hombro, estremeciéndose en el suelo.

Se oyó un grito de espanto. El coronel autómat, lenta, casi majestuosamente, se aproximó a los espectadores. Los presenites incluso los soldados, retrocedieron.

El "robot", al estar junto al hombre planetario, se detuvo. La visera que formaba parte de su cabeza se levantó. Se vio vibrar biofluorescencia en el interior y, de improvise, un rayo azul sólido chocó contra el fusil de un soldado, después contra el de otro; luego se descargó sobre un tanque y un cañón.

El resultado fue el mismo en todos los casos: la madera y el acero quedaron convertidos en un montón informe. El autómat los había desintegrado.

—Gott! ¡Beylet oyssen! — gritó imperioso el desconocido, incorporándose sobre un codo.

Al punto el "robot" se agachó. La vi-



...el desconocido se desplomó, herido en el hombro...



... ¡ahí van los soldados, recordados!

saca su cacha. Y todos los pechos exhalaban un suspiro de alivio.

El desconocido, con el hombro manchado de sangre, se levantó y dijo a un coronel, señalando al objeto que había caído y que se había roto al caer:

—Era un regalo para nuestro presidente. Con él hubiese podido estudiar la vida en las otras planetas.

No le permitieron hablar más. Llegó una ambulancia y le introdujeron en ella, mientras el automata se acercaba a la aeronave, como para montar guardia, cosa innecesaria porque la superficie se cerró herméticamente, sin que se distinguiese la menor huella del sitio por donde había salido la rampa.

Harley, secretario del presidente, visitaba horas después al desconocido. Se presentó y quiso saber su nombre.

—Klantu nada más — le contestó el personaje.

Su rostro era amético y sus ojos, barlones, no traspasaban que la herida le causase la más mínima molestia. Escuchó risueño las excusas presentadas por Harley sobre el percance ocurrido y le mandó que tomara asiento.

Respondiendo a las preguntas del secretario, dijo que su viaje había durado unas cinco meses, cubriendo cerca de cuatrocientos millones de kilómetros, y a continuación aludió a la razón de su visita. Harley se declaró dispuesto a oírle.

—No se trata de un asunto personal, señor Harley —le advertía Klantu—. Afecta a todos los habitantes de su planeta. Yo quiero entrevistarme con representantes de todas las naciones de la Tierra.

—Me parece que eso va a ser un poco difícil —repuso Harley—. Nuestro mundo, en estos momentos, está siempre en tensión y lleno de recelo. La situación internacional actual hace que semejante reunión sea un verdadero imposible.

—A mí no me interesan, señor Harley, los asuntos internos de su planeta —objetó Klantu—. Mi misión no es volver a sus rencillas. Yo no quiero recurrir a amenazas. Le digo, sencillamente, que va en ello la existencia de su planeta.

Harley prometió hacer cuanto pudiera y se retiró, muy preocupado.

Entretanto, en el parque en que había aterrizado el aparato, había una nube de personas. Unas eran operadores de televisión, transmitiendo noticias sobre el terreno —"el gigantesco automata seguía sin moverse"—, y otras, ingenieros y expertos que hacían pruebas tanto en el cuerpo del "robot" como en el aparato.

Un general, que acababa de desender de un "jeep", se adelantó hasta un militar que trabajaba con un suplete.

—¿Se consigue algo, sargento? —indagó.

—No, señor. Esta puede más que yo.



—Te odoro entre
visitas múltiples
venientes de todas
las naciones...

Ya vi abrirse un lado y salir la rampa.
Y ahora no se ve ni una ramura.

El general se encará con un oficial.

—¡Hola, Carlson! ¿Qué me dice usted?

—No hubo suelta, mi general —respondió el preguntado—. Hemos probado con todo, desde el soplete al perforador de diamante. Es el material más duro que he visto. Por su dureza y resistencia, parece cosa de otro mundo.

El general rió sin gana.

—Puedo decirles, oficialmente, que de otro mundo viene.

II

A la tarde siguiente, un grupo de médicos examinaba una radiografía hecha a Kíata. De ésta, y del detallado reconocimiento a que le habían sometido, se colegía que su constitución orgánica era la corriente en la Tierra.

—¿Qué edad le calcula usted? — preguntó uno de los doctores a otro.

—Yo diría que unos treinta y cinco, treinta y ocho.

—Esta mañana me lo dijo mientras le reconocía. Tiene setenta y ocho. El promedio de la vida en su planeta, asegura, son ciento treinta.

En aquel instante salió otra médica de la habitación de Kíata. Llevaba un tubo en la mano, que contemplaba como atontado.

—Ayer extirpé una bala del hombro

de ese hombre —anunció—. Acabo de examinar la herida y está completamente curada.

—¿Y qué dice él acerca de ello?

—Que se puso un sé que pomada, un ungüento que traía consigo.

La aparición del señor Harley cortó la conversación de los facultativos. Con un leve saludo, penetró en el cuarto de Kíata, que ya había abandonado la cama.

—Me alegro de verte levantado y sano de nuevo — dijo el secretario.

—Gracias. ¿Tiene ya noticias? — quiso saber Kíata.

Harley hizo un mueco de contrariedad. Las respuestas obtenidas a la proposición no eran buenas. Los jefes de gobierno del mundo, por motivos de prestigio o de simple política, se negaban a aceptar la invitación del presidente de los Estados Unidos. El secretario besó la conveniencia de que Kíata se entrevistara con su superior jerárquico.

—Me impacienta la entupidez —exclamó Kíata con dureza—. Mi pueblo ya aprendió a vivir sin ella.

—Me temo que el niño aún no la haya aprendido.

Kíata meditó unos instantes y luego dijo:

—Antes de tomar ninguna decisión, creo que convendría que yo viviese un poco entre el pueblo para familiarizarme con las causas de actitudes tan irrazonables.

Harley carraspeó agitada.

—Dadas las circunstancias, me temo que sea imposible —explicó con suavidad—. He de rogarte que no intente salir del hospital. Las autoridades militares insistieron mucho en ello.

Harley se fue. Klaatu percibió un ruido en la puerta. Le cerraban por fuera. Con una leve sonrisa, se encogió de hombros...

De noche cerrada, el policía militar de servicio y una enfermera entraron en la habitación de Klaatu para servirle la cena. La estancia estaba vacía. El policía, mascullando una maldición, registró el lavabo, tras lo cual se lanzó como una exhalación hacia el cuerpo de guardia.

—¡Mi capitán! —jadeó—. ¡El hombre del aparcamiento se ha escapado!

—¿Qué? —se sobresaltó el oficial—. ¡De la alarma en seguida!

Minutos después, los soldados corrían sin tino. Los periódicos de la noche publicaron un número extraordinario narrando la fuga y la radio procuraba tranquilizar a la población, añadiendo aclaraciones.

—No tiene tres metros de alto, como se ha dicho, ni tintáculos en lugar de brazos. No puede negarse que un monstruo está en libertad y que nos enfrentamos con fuerzas fuera de nuestro conocimiento y de nuestro alcance. Se recomienda a todo el mundo que tome las precauciones normales, y que no pierda la calma, mientras esperamos el desarrollo de los acontecimientos.

Por una apacible calle, bordeada de árboles, caminaba un hombre con una maleta. Se paró a la luz de una farola y examinó el papel prendido en una de las mangas de su traje. Llevaba el nombre del comandante Carpenter, quien se lo había hecho lavar en el hospital.

Para una persona como Klaatu no tenían mayor importancia los apellidos. El de Carpenter servía para la ocasión.

En la noche de enferme vio un letrero anunciando una casa de huéspedes. Klaatu cruzó la calzada y subió los escalones que llevaban a la puerta del edificio.

En el interior, vociferaba y funcionaba un aparato televisivo, en el que gesticulaba un individuo, que, si quería profundizar calma a sus escuchadores, lo único que conseguía era aumentar su alarma, al describir el lujo de precauciones adoptado por el Gobierno, la policía y el ejército.

Hobby, el simpático hijo de Helen Benson, una hermosa y joven viuda, fue quien descubrió a Klaatu en el vestíbulo y lanzó un grito de asusto.

—¡Eh! ¿Quién es ese?

Todos los huéspedes se levantaron de un brinco, atemorizados, con los nervios de punta, volviéndose hacia el recién llegado, que permanecía en la sombra. Alguien cerró el aparato televisivo y en la estancia reinó un silencio inquietante.

III

La señora Crockett, la práctica y poco imaginativa dueña de la casa, fue la primera en reaccionar. Encendió una luz, cuyos rayos iluminaron las facciones asustadas y sensitivas de Klaatu. Sin saber por qué, al verlo, todas recobraron la sangre fría.

—¿Qué desea usted? —preguntó la señora Crockett.

—Me llamo Carpenter. Queria alquilar una habitación.

—¿Pertenece usted al F. B. I.? —intervino Hobby.

Su madre le regañó, mientras Klaatu negaba pertenecer al famoso cuerpo policíaco. La señora Crockett hizo las presentaciones, después de lo cual anunció al recién llegado que tenía una habitación vacante.

Helen, tras mirar largamente a Klaatu, se llevó a dormir a Hobby, cuya fantasía se había desbocado, haciendo las más disparatadas conjeturas acerca de la personalidad del nuevo huésped.

—Venga usted de muy lejos, ¿verdad, señor Carpenter? —exclamó la señora Crockett.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Klaatu, poniéndose tenso.

—Conozco muy bien ese acento de Nueva Inglaterra.

Pasaron un par de días. Klaatu ya era considerado como un miembro más de la casa de huéspedes. Solo desde, como hubo de fijarse el hombre del aparcamiento, le observaba a veces de un modo raro, como ponderando quién era.

El domingo por la mañana, durante el desayuno, la radio continuaba esparciendo infundios y sembrando la inquietud en el ánimo de sus oyentes, entre los que se contaban los inquilinos de la señora Crockett. Una mano impaciente cortó el parloteo alarmista.



—¡Partidisco junto al F.M.I.F. — intervino Sulley.

—Con respecto a ese hombre del espacio o lo que sea —intervino Helen al oír unas comentarios sin sentido—, nosotros automáticamente pensamos que es un enemigo. Puede que no lo sea.

—Entonces, ¿por qué se asocia? ¿Por qué no sale y se presenta?

—A lo mejor tiene miedo. La cierto es que, cuando salió, le hirieron. Yo misma no sé lo que haría —murmuró Helen, pidiendo con la mirada el parecer de Klaatu.

—Quizá, antes de tomar ninguna decisión —dijo el hombre del espacio—, quisiera saber algo más de estas gentes, orientarse un poco en este ambiente, algo extraño.

Estas palabras desencadenaron una discusión. La corte la entraba de un hombre joven y vigoroso. Helen salió a su encuentro y le besó. Era Tom Stevens, su prometido, con quien iba a ir de excursión. Pero había el problema de que harían con Bobby.

—Yo pasaré todo el día con él, con mucho gusto, si usted me lo permite —se brindó Klaatu.

—¡Hombre! Eso estaría muy bien —aprobó Tom con calor.

Helen presentó a ambos hombres, mientras fijaba una de sus vacas y lanzaba miradas en Klaatu. Pero acabó por aprovechar el ofrecimiento.

Bobby fue con su nuevo amigo al cementerio nacional, en donde visitaron la

tumba del padre del chiquillo, muerto en la segunda guerra mundial. Se sorprendió de que Klaatu no hubiese oído hablar de aquel cementerio.

—Usted no sabe casi nada de muchas cosas, ¿verdad, señor Carpenter?

—Es que he estado fuera mucho tiempo. Muy lejos.

—¿Y es distinto el sitio de donde usted viene? ¿No hay cementerios?

—Los hay, claro, pero no como éste. Es que allí no hay guerras.

—Eso sí que está bien! —aprobó Bobby.

Klaatu le acarició la cabeza y cambió de conversación.

—¿Qué le gustaría hacer esta tarde?

—Ir al cine.

—¡Confirma.

Pero entonces, Klaatu recordó que no tenía dinero. Bobby le confesó que poseía dos dólares.

—No. Quiere invitarte yo —dijo Klaatu—. ¿Crees tú que admitirían esto?

Los ojos de Bobby se desorbitaron al verle sacar un puñado de diamantes.

—Eso valen por lo menos un millón de dólares.

Klaatu le explicó que, en ciertos sitios, se utilizaban como moneda, porque eran fáciles de llevar y no sufrían desgaste. Después, le propuso entregarlos dos a cambio de otros tantos dólares.

—De acuerdo. Pero no la diga usted

naña de esto a mamá. Ella no quiere que engrase a nadie.

Klaatu sonrió y fueron a visitar el monumento a Lincoln. La vista de la estatua del gran hombre le sugirió una idea. Preguntó al chiquillo quien era el pensador más importante de la Tierra.

—El profesor Barnhardt —contestó Bobby, tras reflexionar—. Es el hombre de ciencia más famoso de toda el mundo.

—¿Vive aquí, en Washington?

—Cerca de donde trabaja mamá.

—¿Y dónde es eso?

Bobby le dio las señas y, a petición suya, fueron a ver la nave del espacio. Los curiosos se aglutinaban alrededor de la cuerda tendida para contenerlos. Una nube de fotógrafos y periodistas se movía cerca de la aeronave y del automóvil. Un repórter de la radio interrogaba a los presentes.

Las contestaciones que el hombre del espacio ofreció a las preguntas de Bobby sobre el funcionamiento del "platillo" arrancaron carcajadas a los circunstantes. El repórter radiofónico se acercó a Klaatu.

—¿Quiere decirnos unas palabras, caballero? Supongo que estará usted tan acostumbrado como nosotros.

—De modo distinto, quizá —respondió Klaatu—. Yo me asusto cuando veo que el pueblo sustituye la razón por el miedo. Justamente, no gustaría.

Pero el repórter, con unas palabras de excusa, se alejó sin escucharle. Al marcharse del parque, Klaatu indicó al chiquillo su deseo de entrevistarse con el profesor Barnhardt.

—La dice usted de bromas, ¿verdad?

—¿Es que no le gustaría verle?

—Pues claro que sí, pero hasta usted mismo se asustaría.

—A lo mejor le asustamos nosotros más.

Bobby se echó afectuosamente de su brazo y exclamó:

—Me agrada usted, señor Carpenter. Es usted un tipo muy gracioso.

Pero se quedaron chasquados. El profesor no estaba en casa; nadie respondió a sus llamadas. Klaatu, sin mutarse, empujó el balcón del estudio del padre y penetró en él.

Una gran pizarra, llena de cifras y de fórmulas, atrajo las miradas de Klaatu. Meneó la cabeza con compasión; cogió tiza, señalando los puntos equivocados, y agregó al final: "Resuelva por diferenciación".

—¿Qué hacen ustedes aquí? — preguntó, horrorizada, una voz.

Era una mujer, la secretaria del profesor, atorrada del sacrilegio. Gritó indignada que su jefe llevaba muchas semanas intentando resolver aquel problema. Klaatu repuso con acento apaciguador:

—Ahora lo resolveré en un momento.

—¿Quiere decirnos
unas palabras, ca-
ballero?



—¿Cómo han entrado aquí? ¿Qué quisieron usted?

—Hemos venido a ver al profesor Barnhardt.

—Pues no está y no volverá hasta la noche. De modo que harán ustedes el favor de marcharse.

Klaatu garrapateó su apellido justito y sus sedas en un papel, que ofreció a la secretaria con el ruego de que lo entregase al sabio. Al ir a salir, notó que la bien intencionada mujer se disponía a hacer desaparecer de la pizarra las huellas de su intrusión.

—Yo, en su lugar, no lo haría — le aconsejó sonriendo —. Al profesor le hace mucha falta.

Su apaturno tenía algo que obligó a la secretaria a obedecer sin cistar.

IV

El coche de la policía frenó delante de la casa de huéspedes. Se apeó de él un hombre corpulento, que instantes después preguntaba a Bobby por el señor Carpenter. Klaatu asedió inmediatamente.

—¡Ah! Supongo que el profesor Barnhardt me anda buscando — exclamó, al reparar en la insignia que el detective le mostraba.

—Ya le ha estado buscando a usted toda la tarde.

Helen, después de despojarse de Tom, entró en la casa, saludando a los recién-
dos en el recibidor.

No sé cómo darla las gracias... — dijo a Klaatu, pero siempre con su aice de reserva.

—Disfruté mucho con su compañía — repuso el hombre del espacio.

—Defectos irnos ya, señor Carpenter — le advirtió el detective.

Se marchó con Klaatu. Helen y Bobby subieron a sus habitaciones.

—¿Por qué habrá tenido que ir el señor Carpenter con el señor Brady? — exclamó el chiquillo.

—No sé. Puede ser que sea una equívoca — contestó Helen, a quien no había pasado por alto el cargo de Brady.

Cuando Bobby le contó que habían estado en casa del profesor, la joven viuda se sintió preocupada. El tal Carpenter resultaba muy sospechoso, pero no se podía negar que era un hombre de extraño atractivo.

La mirada de Barnhardt estaba ocupada por la policía militar, que llevó al punto a Klaatu a la presencia del sabio. Una vez quedaban a solas el sabio y el hombre del espacio, el primero sefialó a la pizarra.

—¿Fue usted quien escribió esto?

—Un modo algo extraño de presentarme — sonrió Klaatu —. Creí que a estas horas ya tendría usted resuelto el problema.

—¡Ah! — confesó el profesor —. Por eso justamente quería verle.

El hombre del espacio le expuso en pocas palabras el medio de dilucidar la incógnita. Barnhardt, muy excitado, se encarió con él.

—¿Ha comprobado usted esta teoría?

—Es lo suficientemente buena para hacer que me desplace de un planeta a otro — repuso Klaatu.

El profesor le miró con intensidad. Había entendido. Abrió la puerta, despidiendo a la policía militar que montaba guardia.

—Tiene usted fe, profesor Barnhardt — comentó Klaatu, que había lanzado un suspiro de alivio.

—No es la fe lo que más me ayuda en la ciencia, sino la curiosidad. Hay miles de preguntas que quisiera hacerle a usted.

—Yo quisiera explicar algo de la situación que me trae — indicó Klaatu —. Hemos sabido que la Tierra ha descubierto una forma rudimentaria de energía atómica y que están ustedes haciendo experimentos con proyectiles-cohetes. Mientras ustedes se limitaran a luchar entre sí, nosotros no tenemos por qué preocuparnos. Pero pronto alguna de las naciones de la Tierra aplicará la energía atómica a las naves interplanetarias. Eso va a originar una amenaza para la paz y la seguridad de otros planetas. Y, naturalmente, no podemos tolerarlo.

El profesor atendía con todos sus sentidos, en espera de que su visitante continuase hablando.

—He venido a advertirles que, desencadenando un peligro, su propio planeta corre un riesgo muy grave — prosiguió Klaatu con voz resonante —. Vengo dispuesto, sin embargo, a ofrecer una solución. Lo que tengo que decir ha de ser dicho ante todos los interesados. He venido a usted como último recurso, y le confieso que mi paciencia se va agotan-

—Hay miles de
preguntas que quie-
siera hacerle a usted.



do. ¿He de emprender alguna acción enérgica para lograr que me oigan? ¿Arrasar por completo a Nueva York, por ejemplo?

El profesor se estremeció ante la magnitud de la amenaza. Instó la concidencia de que Klaatu hablase ante un grupo de hombres de ciencia, filántropos y pensadores de todo el mundo, y su interlocutor aceptó.

—Una cosa, señor Klaatu. Supongamos que este grupo rechaza sus proposiciones. ¿Qué alternativa queda?

—He temo que no quede alternativa. En tal caso, el planeta Tierra tendría que ser eliminado.

El profesor se asusto.

—Los que van a concurrir a la reunión deberían venir convencidos de ello —dijo—. Deben comprender la gravedad de la situación. Hablé usted de una demostración de fuerza. ¿Sería posible tal demostración antes de la reunión?

—Eso se puede hacer fácilmente.

—Pero no quiero que se haga daño a nadie ni se destruya nada.

—¿Por qué no lo deja de mi cuenta?

—Indagó Klaatu, disponiéndose a marcharse—. Yo pensaré algo.

Al día siguiente, la radio proclamaba la noticia de que el profesor había convencido a los hombres más famosos del mundo para estudiar conjuntamente los últimos acontecimientos. En la salita de la casa de huéspedes conversaban He-

len y Klaatu. El tema de su charla era, naturalmente, Bobby.

—Señor Carpenter, desde luego no es cosa mía, pero ¿a qué vino aquí anoche aquel hombre? —preguntó Helen de punto.

—Querían hacernos unas preguntas —respondió Klaatu sin vacilar—. Bobby y yo intentamos ver al profesor Barnhardt y no estaba. Por lo visto, pensaron que ya iba en busca de secretos.

Helen iba a darle gracias por su franqueza, cuando le estorbó la entrada de Tom, quien se extrañó al no encontrarla preparada.

—Es que estaba hablando con el señor Carpenter —se excusó Helen.

—Bueno, espera que el señor Carpenter no se enfada por mi intrusión —gritó, celoso, Tom.

Klaatu ayó involuntariamente su cabeza al pasar por delante de ellos para ir a su habitación. Helen, después de regañar a Tom por su exabrupto, subió al cuarto de Bobby, que resolvía sus problemas con la ayuda de Klaatu. Este se retiró al ver a la criada.

La joven metió al niño en la cama y se fue. Minutos después, Bobby saltaba del lecho para jugar con su ferrocarril eléctrico. Klaatu le encontró entretenido con el juguete.

—Bobby, ¿tiene una linterna?

El chiquillo buscó lo pedido en un cajón y le explicó cómo se manejaba.

—Ya te contaré otro día una cosa de otro tren, que no necesita más — prometió Klaatu al retirarse.

—¿De verdad? — se asombró Bobby. La promesa le dejó inquieto. Oyó andar a alguien por el pasillo. Era Klaatu. Sin reflexionar, el chiquillo le siguió. Cruzaron varias calles hasta el parque en que reposaba la nave interplanetaria.

Bobby vio que Klaatu se deslizaba hasta la valla y enfocaba la linterna sobre el "robot", pronunciando unas palabras raras y luego, con gran asombro, descubrió que el autómatas se acercaba a los centinelas y los derribaba como si fueran muñecos.

Hecho esto, el coloso montó guardia. La nave se dejó ascender y el hombre del espacio entró en ella por la rampa. En el interior había una luz amortiguada. Un gesto ante unos ojos electrónicos movió una puerta y Klaatu se halló en la sala de mandos. Encendió la luz de un candelabro, le fijó y habló en su idioma incomprensible por un micrófono.

Cuando Helen y Tom regresaron a la casa encontraron a Bobby levantado. El chiquillo, a sus amonestaciones, protestó:

—No podía dormir, mamá. Tenía que contarle.

En pocas palabras expuso lo que había presenciado en el parque. Helen consultó a Tom con la mirada y dijo con voz suave:

—Todo eso ha sido una pesadilla. Verás, te lo vamos a demostrar. Tom, ¿quieres rogarle al señor Carpenter que baje un momento?

Pero Tom encontró la habitación de Klaatu vacía. El hecho le extrañó en sí, pero le sorprendió más aún descubrir en el suelo un grueso diamante. Descendió al vestíbulo y enseñó el hallazgo a Helen.

—¿Es legítimo? — inquirió la joven.

—A mí me lo parece — contestó Tom guardándose en el bolsillo.

—Es que el señor Carpenter tiene muchos — intervino Bobby —. A mí me dio un par de ellos. Exactamente no fué dar. Yo le di dos dólares.

—Todo esto es absurdo — gritó Tom —. Yo creo que ese individuo es un bandido. Quizá convendría llamar a...

—Por esta noche, ya ha habido suficientes aventuras para Bobby y para mí — interrumpió Helen, que sentía el prurito de proteger al sospechoso; y agregó al fijarse en el calzado de su hijo — Bobby, tienes los pies mojados.

—Sí, la hierba del parque estaba húmeda — respondió el chiquillo.

Aquello les convenció de que no había soñado.

V

Helen se disponía a salir de su oficina, cuando casi tropezó con Klaatu.

—¿Pueda hablar con usted un momento? — rogó a la joven.



enfocaba la linterna sobre el "robot", pronunciando unas palabras raras y luego...



...el solitario nuestro
guardia...

—Ahora me disponía a almorzar.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. Tom la llamaba desde una joyería para invitarla a comer juntos. Se citaron para la tarde. Luego echó a andar con Klatu por el pasillo.

Hablé con Bobby esta mañana antes de que se fuese a la escuela —anunció el hombre del reparo—. Me gustaría saber qué es lo que le dijo a usted anoche.

Sin saber por qué, el corazón de He-

len lató apresuradamente. Antes de responder, le hizo entrar en un ascensor vacío.

—La verdad, no le hice mucho caso —susurró la joven—. Bobby tiene una imaginación tan viva.

—Antes de rogar a usted que sea sincera conmigo, quizá debo saberlo yo totalmente con usted.

El ascensor se detuvo. Klatu preguntó qué hora era. Las doce.

—Estaremos así un ratito, una media



Klatu se halló en
la sala de mandos.

hora —aseguró a Helen—. La electricidad ha quedado neutralizada en todo el mundo.

La joven le contempló con los ojos dilatados.

—Entonces, Bobby dijo la verdad, ¿no es eso?

—Sí.

No sólo se habían apagado las luces de las casas, sino la fuerza eléctrica de las fábricas, tanto en los Estados Unidos, Francia, Rusia e Inglaterra, como en los rincones más apartados del mundo, se había interrumpido. Incluso las calles se hallaban llenas de vehículos inmovilizados. El pántico cundía.

El profesor Barnhardt, al notificarle su secretaria lo sucedido, aprobó la idea de Klaatu y luego se informó de si se había avisado a las personas que debían acudir a la reunión de aquella noche, obteniendo una respuesta afirmativa. Klaatu llegaría a las ocho y media.

Tom, en una joyería, había sometido el diamante, encontrado en la habitación de Klaatu, al juicio de un experto.

—No hay diamantes como éste en ningún lugar del mundo —dictaminó el joyero—. ¿Quieren usted venderlo?

—No, gracias —contestó Tom, secamente, guardándose la gema.

Ya sabía lo que le interesaba.

El ruido eléctrico volvió a ponerse en marcha en el preciso instante en que Klaatu concluía su confesión. Salía con Helen del ascensor, indicándole que pasaría la tarde en casa con Bobby, la única persona que sabía quien era. La joven profirió una exclamación.

—¡Tom!... Estaba conmigo anoche, cuando Bobby me dijo lo que había visto.

Afirmó que se entrevistaría con su pretendiente para asegurarse de su silencio. Pero Tom no se hallaba en su oficina.

Mientras tanto, en el Pentágono varios jefes militares habían tomado disposiciones para capturar de una vez para siempre a Klaatu. El autómatas había sido encerrado en una caja de material plástico más duro que el acero. En cuanto al hombre del espacio, había de ser capturado —vivo, en el mejor de los casos.

Tom, en su despacho, ordenó a la telefonista que llamara al Pentágono. Helen compareció en el instante en que aguardaba la comunicación.

—Tengo unas noticias formidables

acerca de tu amigo el señor Carpenter —gritó, excitado, Tom—. Es el hombre del espacio.

—Está bien, Tom. Ha muerto —confesó Helen—. Pero tienes que prometerme que no dirás ni una palabra a nadie.

—¿Estás loca? ¿Después de lo ocurrido hoy? Es una amenaza para todo el mundo. Nuestro deber es entregarle.

—Pero ¿si no hay tal amenaza! El mismo me lo ha dicho.

—¿El mismo te lo ha dicho? —se burló Tom—. No seas tonta, nena. Es que tú te has tomado apuro. ¿No te das cuenta de lo que eso significaría para nosotros? Me darían una gran recompensa. Sería el hombre más famoso del país.

Vibró el timbre del teléfono y Tom le empezó mirando a Helen con desafío.

—No sabes lo que estás haciendo —gritó la joven—. No se trata de una diferencia entre el señor Carpenter y tú. Se trata de los intereses del mundo entero.

—A mí no me interesa el resto del mundo —replicó Tom—. Espera y verás. Te vas a casar con un gran héroe.

—No me voy a casar con nadie —chilló Helen desesperada.

Se marchó dando un portazo, sin hacer caso de los gritos de Tom, quien, un momento después, comunicaba a un general las señas de Klaatu.

VI

Mientras el Ejército desplegaba sus fuerzas según un plan preconcebido, sin escatimar hombres y armamentos, y enviaba un destacamento a la casa de huéspedes, Helen se apeaba de un taxi frente a la oficina y reaparecía un segundo después en compañía de Klaatu.

Este, así que el vehículo se puso en marcha, dijo:

Seguramente Barnhardt podrá tenerme en su casa hasta que se celebre la reunión.

—¿Dónde se va a celebrar? —indagó Helen, con los nervios tirantes.

—En la nave.

Cuando los soldados llegaron a la morada de Klaatu, ésta había desaparecido. Un niño informó al coronel de que su presa había tomado un taxi, dirigiéndose por una calle determinada. Instantáneamente, el oficial dio aviso, ordenando que se vigilaran todas las travесías y ac



—A mí me me des-
vía el resto del
mundo.

siguiera a un coche amarillo, ocupado por un hombre y una mujer.

Pronto fue reconocido el taxi. Los camiones y tanques comenzaban a cerrar, lenta y seguramente, la red. Los perseguidos se hubieron de dar cuenta de la vigilancia a que los sometían. Por último, el hecho se truce en una persecución desahogada.

Helen apoyó impulsivamente una mano en el brazo de Klaatu.

—Ya falta muy poco para la casa de Barnhardt.

—Me preocupa mucho Gort —dijo Klaatu—. Temo lo que pueda hacer si me ocurre algo.

—¿Gort? Pero ¿es un automata? —exclamó Helen—. Sin usted, ¿qué puede hacer?

—Muchísimas cosas —contestó Klaatu gravemente—. Puede destruir la Tierra. Si a mí me ocurre algo, vaya en seguida a buscar a Gort. Tiene usted que decir estas palabras: "Klaatu manda niktó". Por favor, repítalo.

Helen obedeció al ruego. Los señuelos



El Ejército des-
plegado en fuerza
según un plan pre-
concebido.

ya habían bloqueado todas las calles laterales. De repente, el taxista tuvo que frenar para no embestir a un camión del Ejército. Klastu saltó del auto y corrió hacia unas obras...

Varios soldados dispararon sus metralletas y Klastu rodó por el suelo. Helen volvió hacia él, arrojándose a su lado y levantándole con íntima congoja la cabeza.

—Llévame mi mensaje a Gort... ¡Enseguida! — murmuró Klastu.

Helen, aprovechando la confusión, escapó rápidamente.

Ante la nave interplanetaria, en el mismo segundo en que Klastu caía herido, sin que los centinelas se percatasen de ello, Gort comenzó a diagregar el bloque de material plástico que le encerraba. Cuando lo hubo deshecho hasta la cintura, disintegró con su rayo a los desprevenidos soldados.

Helen llegó a la valla que rodeaba a la aeronave, cuando el autómatas giraba de libertad. Muy asustada se adelantó hacia él. De pronto, frente al monstruo, el valor la abandonó. Gort se dirigió hacia ella, con el rayo temblando bajo su visera. El espanto aturdió a Helen. Retrocedió, sin poder hablar, hasta chocar con la valla, desplomándose. Gort se inclinó hacia ella, que lanzó un alarido de miedo.

—Gort! Klastu barada niktó — pudo pronunciar Helen por fin.

El autómatas se inmobilizó. La joven repitió las palabras salvadoras y se vió, de improvviso, levantada por los brazos de Gort, el cual la transportó al interior del aparato interplanetario, depositándola en una litera.

Tras manipular los mandos, sin duda con el fin de que Helen no huyese, el autómatas se marchó de la aeronave con paso firme y rápido.

El Ejército había dejado el cuerpo exánime de Klastu, muerto al parecer, en una comisaría a la que rodeó un cordón de soldados, con la orden de no dejar entrar ni salir a nadie. Minutos después la cabecita de Gort se inclinaba al otro lado de la estrecha ventanilla de la celda en donde reposaba el hombre del espacio.

El autómatas lanzó su rayo sobre la pared practicando una abertura. Luego, sin apresuramientos, abrió el cuerpo de Klastu y se alejó.

No tardó mucho en llegar a la aeronave. En la cabina de mandos, Helen palideció al ver la carga del autómatas. Entonces colocó a Klastu en una especie de camilla, disponiendo un casco sobre su cabeza. A continuación, girando sobre sí mismo, Gort fue hacia unos interruptores, observado por Helen, a quien todo se le antojaba una pesadilla.

Un súbito agudísimo, desgarrador, fue creciendo en el recinto al mover el autómatas una palanca. Helen se tapó los



Retrocedió, sin poder hablar, desplomándose...



El autómatu lanzó
su rayo sobre la
pared, practicando
una abertura.

oidos y miró atónita a Gert, que examinaba a Klaatú como si poseyera ojos.

Mientras esto ocurría, en el exterior se habían reunido los sabios de todas las razas y países, mirando añhelantes a la pulcra superficie de la aeronave. Eran casi las ocho y media.

Un centenar de soldados rodeó a los sabios, como por obra de ensalmo; su jefe se adelantó hasta el profesor Barnharrit y dijo:

—Lo siento, pero he de rogarle que no

se celebre esta reunión. El autómatu está en libertad y nadie puede estar seguro por aquí.

Gert, en el interior del aparato, cortó de pronto la marcha de la máquina. El zúbito se apagó. (Y Helen vio que Klaatú se incorporaba!)

—Sí... sí yo creí que estaba usted...

—balbuceó la joven.

—Y estaba — sonrió Klaatú.

—Entonces, ¿tiene el poder de dar la vida y la muerte?



Gert fue hacia una
intercomunicación, ob-
servado por He-
len.

—No. Ese poder me lo reserva el Hapirita Supremo. Esta técnica, en determinadas casas, puede devolver la vida por un periodo limitado de tiempo.

—Pero ¿de qué duración? — preguntó Helen con ansiedad.

—¿Quiere usted decir que cuánto voy a vivir? Eso nadie puede decirlo — contestó Klaatu, como si la cuestión careciera de importancia.

El profesor Barnhardt anunciaba a sus colegas la necesidad en que estaban de retirarse por orden del Ejército, cuando se corrió la rampa de la aeronave y se abrió la compuerta. El sabio entró al suelo como si le hubieran pinchado. Un momento más tarde desaparecía Gert, seguido de Klaatu y de Helen.

La joven descendió del aparato, mientras se alzaba un rumor de voces, casi un grito, que proclamaba el desconcierto y el asombro de todos. Los soldados no sapieron, no se atrevieron a hacer nada. Aprovechando el silencio, Klaatu rompió a hablar.

—Os voy a dejar muy pronto y habréis de perdonar mi rudeza — anunció, y prosiguió sin más preámbulos—: El Universo se va haciendo más pequeño cada día y no se puede tolerar la amenaza de agresión por parte de ningún grupo. Esto no significa que hayamos de renunciar a nuestras libertades, salvo a la libertad de actuar de modo irresponsable.

"Vuestros antepasados" sabían esta muy bien, cuando instituyeron leyes para gobernarse a sí mismos, y al propio tiempo designaron policías para obligar a su cumplimiento. Nosotros, los de otras planetas, hemos aceptado también tal principio. Tenemos una organización para la defensa y protección mutua de todas las planetas, y para la eliminación completa de la agresión. Como policía, hemos creado una raza de autómatas. En caso de agresión, los hemos concedido poder absoluto sobre nosotros, poder que no puede renovarse. El castigo por provocar una agresión es tan terrible que nadie se arriesga a ella. Como resultado vivimos en paz.

"No pretendemos haber logrado la perfección. La elección es bien simple: uníos a nosotros y vivid en paz, o continuad en vuestra ceguera actual y pereceréis. Nosotros esperamos vuestra respuesta. La decisión la tenéis que tomar vosotros."

Acabado su mensaje, Klaatu hizo un gesto de saludo destinado a Helen y entró en la aeronave con Gert. Se cerró la portezuela y desapareció la rampa. Al rumbar los motores, los espectadores recularon precipitadamente.

El "platillo" se elevó, se elevó a una velocidad milagrosa, hasta perderse entre las estrellas.

P. I. N.



Juntos a nosotros
y vivid en paz.

Obs V. Muralles

15/5/13

BRITISH MUSEUM
NATURAL HISTORY
DEPARTMENT OF
ZOOLOGY
LONDON



EDICIONES BISTAGNE
(FRANCISCO-MARIO BISTAGNE)
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
BARCELONA

